

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días no se ha hablado en Madrid sino del estreno de la obra de Hervieu, traducida por Benavente, y titulada *El destino manda*.

Analizando los elementos de esta extraordinaria expectación, claro es que no todos resultan literarios, y que entraron, en las proporciones dadas a este acontecimiento, muchos de carácter suñuario y mundano. Me apresuro a añadir que nunca hay edificio sin cimiento, y que en este caso el cimiento ha sido, naturalmente, la labor anterior de Hervieu, uno de los más ilustres dramaturgos de la Francia contemporánea; la labor, también literaria, de Benavente, al hacer de la obra limpia y castiza traducción, y la fama, a cada paso más extensa, de los Díaz de Mendoza.

Oyese a veces decir, cuando «el destino manda» una ovación a alguien, «ese homenaje se lo han preparado sus amigos». Y siempre he preguntado: ¿acaso los homenajes los preparan los enemigos? Por muchos amigos que retina el vecino de enfrente, el señor anónimo, podrán prepararle algo puramente amistoso; un verdadero homenaje, nunca. Todo necesita ambiente, precedentes, base.

Aplicando la doctrina al caso de Pablo Hervieu, en España, diré que aun cuando Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, con todo su prestigio, se empeñasen en armar un tinglado caprichoso para un autor mediocre, sin consagración anterior, no lo conseguirían. Y desde luego, no hay ni que admitir la hipótesis de que lo hubiesen intentado. ¿Para qué?

Encontró acogida y calor Hervieu en la más encoquetada sociedad madrileña, porque los actores de la Princesa tienen su público en esta misma sociedad, amén de contar en ella con amigos personales y muy íntimos, con parentela ilustre, con un arraigo antiguo y no interrumpido nunca. Tanto o más que el Teatro Real, atrae y congrega la Princesa a lo más selecto, y casi diré que las suntuosidades de aquel escenario, cuando lo requieren las obras, superan o por lo menos igualan a las de la mayoría de las residencias aristocráticas, y en ocasiones les sirven de modelo. Hasta peca por exceso de lujo y belleza la *mise en scène*. Nunca el castillo de Chazay, a existir, hubiese ostentado en su *hall* los tapices soberbios, propiedad del Duque de Tamames, que en la Princesa se admiran todas las noches. Y es probable que la dueña de la casa no se vistiese tan a la nueva moda y al artístico antojo, como María.

Todo esto, y más si el público es especial, refinado, cultivador del lujo, amigo de las elegancias de la vida moderna, contribuye a despertar el inmenso interés que agotó los palcos y las localidades todas de la Princesa para las dos primeras representaciones, y supongo que para muchas más. Sólo que todo esto exige, formados con antelación, nombradía, altura, no sólo de los actores, sino en el autor. Y son condiciones que no cabe negar a Pablo Hervieu.

Cuando un autor francés de cartel pasa la frontera, viene en persona a España, y autoriza un estreno en Madrid que antecede al de París, hay que agradecerle la cortesía, y nos sentimos predispuestos en su favor. Los obsequios que Pablo Hervieu ha recibido en Madrid son hidalga correspondencia; y debemos felicitarnos de que se sumasen a ellos las gentes que, por lo común, no obsequian sino a otro género de viajeros de la *crema* internacional.

Es difícil, realmente, dar gusto a todos. Oyese casi a diario repetir que el gran mundo se interesa muy poco o nada por lo intelectual y artístico. Se acusa a este gran mundo de no preocuparse sino del deporte, de la moda, de los trapos, de las diversiones vacías y sin sentido. Y cuando el gran mundo, por casualidad, festeja a un intelectual y a un autor dramático, se toma poco menos que a delicto, y se piden cuentas de por qué a éste y no a otro, por qué en una forma y en otra no. Yo encuentro que siempre debe elogiarse lo elogiado, y que lo mejor es enemigo de lo bueno. No fuera malo establecer estas costumbres

y relaciones, que honrarían a todos, y en primer término a las grandes señoras, ya lo hiciesen por excepción (ya, como la marquesa de Hoyos, por hábito y por conocimiento y tradición de su familia, donde nunca los intelectuales han faltado).

Cuando vino a Madrid otro ilustre escritor, Fernando Brunetiere, hace años ya, el espectáculo fué menos halagüeño. Recuerdo que, al preguntarle yo, que le debía afecto y atenciones inolvidables prodigadas cuando fui a dar en París mi Conferencia, qué hora y qué día tendría libre para agasajarle en mi casa, me contestó que todas: nadie le había invitado a comida, almuerzo, excursión o sarao. Y cuenta que Brunetiere no venía a Madrid como turista, no: le traían a dar una conferencia elementos políticos y sociales de los que más medios reúnen para festejar con esplendidez hospitalaria, y en este caso obligatoria, a un extranjero. Más vale que se lleve Hervieu un recuerdo de extremosa acogida, que el de una frialdad que hubiese sido injusta e inexplicable.

Respecto a la obra, diré que es muy dramática y fuerte, lo cual constituye un acierto tratándose del papel que María Guerrero ha de estrenar. Nadie ignora cómo esta gran actriz domina la cuerda dramática, y aun la trágica, si bien no suelen escribirse hoy verdaderas tragedias (y sobre este punto cabría una disertación, que no me parece oportuna en una crónica). Ello es que el papel de María le permite tocar todos los registros del sentimiento, de la aflicción, de la indignación, del espanto, de la sorpresa, de cuantos movimientos caben en un alma herida por las mayores desventuras que en el espacio de unas horas pueden caer sobre criatura humana. Acaso por lo mismo, por exceso de tensión dramática, por la rapidez con que todo ocurre, estando María a su altura acostumbrada, la alcanzó mayor aún Fernando, en un papel más sobrio, de menos transiciones — un papel *afirmativo* —. No cabe mejor interpretación de la que dió Fernando al personaje del comandante Chazay. Y en ese papel está todo el sentido de la obra, que trataré de desentrañar, pues se han dicho cosas muy contradictorias y merece la pena de examinarlas a grandes rasgos.

Lo primero que ha surgido, ante el drama de Hervieu, es el recuerdo de otro drama romántico del duque de Rivas: *La fuerza del sino*. Y se ha discutido lo que, en ambas obras, que por cierto en nada se parecen, corresponde al fatalismo, al determinismo, y al albedrío humano.

Al duque de Rivas, al cabo cosa nuestra, español, se le ha absuelto porque su fatalidad es «la fatalidad griega». Realmente, el que no se consuela, es porque no quiere. No entiendo la distinción. La fatalidad griega, no la sé diferenciar de la fatalidad modernísima. Quisiera que me explicasen por qué no es heterodoxa la fatalidad griega, y es una gran herejía la fatalidad de ahora.

Don Álvaro, el Inca, se ve compelido por su sino fatal a matar sin querer al padre de su amada, y luego a sus dos hermanos; a éstos queriendo ya. El sino no lo explica todo, sin embargo, en la vida de Don Álvaro: cuando ha ingresado en el convento de franciscanos, hecho dura penitencia, ofrecido a Dios su arrepentimiento, D. Álvaro podría, en vez de contestar a un ultraje con estocadas, presentar la otra mejilla. Aquí entra en juego la responsabilidad, quién lo duda; aquí entra ya el *pecado*, obra de la conciencia, que puede sufrir ofuscación, pero no de un modo enteramente invencible.

Pudo D. Álvaro cifrar su orgullo en lo que lo pusieron San Francisco de Borja y otros varones de nobilísima estirpe: en la humildad. Y entonces, vencida quedaba la fuerza del sino. No diré que así fuese más bello el drama: lo que aseguro es que la fatalidad no ejerce, en la mayor parte de los casos, ese tiránico poder que se le atribuye.

En la obra de Hervieu, el asunto se resume en pocas líneas. Una señorita de antigua nobleza se ha casado con un negociante de alta categoría. Son felices, en apariencia, cuando sube el telón: tiene dos hijos, la parejita, ya crecidos y adolescentes, poseen riquezas, hay paz. Créyase al pronto que el drama va a surgir de que un criado, antiguo y estimadísimo, substrahe un billete de Banco, compelido a ello por el *destino*, por la necesidad de socorrer a una hija que está en necesidad extrema. No es, sin embargo, el episodio del criado, sino una preparación, y el conflicto surge de que el marido de la protagonista tiene dos vidas: una pública y visible, la de su hogar, y otra secreta, es decir, no tan secreta que todo París no la conozca, pero que ignora su mujer, acaso porque vive en el campo, o por un exceso de ciega confianza. El que creíamos marido ejemplar, excelente padre y hombre de negocios con crédito y autoridad, ha jugado, sostiene una querida de gran lujo, está perseguido por estafa, y le busca la justicia. Todo lo des-

conoce la esposa, pero lo saben el cuñado y un amigo íntimo de la casa, y se disponen a dar la noticia a la esposa, ocultando sólo lo que se refiere a la infidelidad. Y (esto es muy humano) la mujer, no sospechando la traición amorosa, perdona todo lo demás, y está dispuesta a seguir a su esposo a la cárcel y a pedir limosna para salvarle. Por su parte, el culpado prepara la fuga, y, al saberlo, el comandante de Chazay, su cuñado, le sale al paso y le exige que lave su deshonor suicidándose. Y aquí pregunto, como pregunté respecto de la obra del duque de Rivas: ¿manda esto irremisiblemente el destino? Es evidente que no. El banquero arruinado y deshonrado pudo, en efecto, recurrir a esa fuga, lo más frecuente en casos tales, y no por eso su familia, sus hijos inocentes hubiesen quedado cubiertos de ignominia y baldón a la faz del mundo.

No es pues el destino, sino una especial manera de entender el punto de honor el comandante de Chazay, persona por otra parte dignísima, lo que trae la catástrofe. El banquero se niega a quitarse la vida; el comandante insiste; se produce una lucha, salen de la habitación peleando, se oye un tiro... La cosa es clara: el comandante ha hecho justicia.

Es indudable que el autor quiso poner a este simpático personaje, encarnación del honor y del sentimiento del deber, y que ya ha dado a su hermana otras pruebas de abnegación, en el caso de cometer un crimen, impulsado por la violencia del destino. Yo, sin embargo, no lo entiendo así. El acto del comandante, aun siendo tan ilícito, obedece a los mismos móviles generosos en que se inspiraron otras acciones de su vida: si es delincuente, es delincuente honrado. Y toda vez que el comandante no desmiente en esa hora suprema el carácter de su existencia toda, no es el destino, es la individualidad, lo que se afirma con el disparo. El comandante deja seco a su cuñado, porque lo ve embustero, vicioso, cobarde, felón, y quiere librar de tan mal bicho a su hermana y a sus sobrinos, aun a costa del riesgo de su libertad y su honra propias, pues los Tribunales pudieran no apreciar como él este acto. No es un ciego impulso, sino algo muy consciente, lo que le hace disparar. Es hasta un cálculo de ese egoísmo invertido, hermoso, que nos lleva a buscar la dicha de los que amamos, a costa de la propia. No encuentro, pues, fundada la acusación de atentar contra el libre albedrío humano que se ha dirigido a Hervieu. En su obra, la fatalidad no empuja: a lo sumo, empujan las circunstancias, contra las cuales se puede luchar. Y ninguno de los personajes desmiente su manera de ser, bajo el influjo de sucesos imprevistos. El comandante sigue tan pundonoroso; la dama, tan buena y honesta; el mismo criado, que robó la mínima suma de cien francos, obedeciendo a un estímulo natural, descubre, al responder a la acusación, que no ha dejado de ser un excelente hombre, y que únicamente pecó de tonto, pues debió pedir a sus amos, que tanto le estiman, esa cantidad pequeña.

Lo que verdaderamente late en esta obra, que aun no se ha estrenado en París cuando trazo las presentes líneas, es un sentido patriótico y militarista que se resume en la personalidad del comandante, prototipo del honor antes y después del homicidio que comete y que se propone espiar cara al enemigo. Contrasta la personalidad del valiente militar con la de su cuñado, a quien todo espectador de buena intención le agradece muchísimo que mate. El cuñado es representación del París de *la fête*, en que el afán del placer mata toda dignidad, en que las ideas morales se han borrado y hasta son objeto de risa. Al lado de esa Francia corrompida y hasta sin gallardías para pagar, a la hora del vencimiento, la deuda con la sangre, Hervieu esboza otra Francia enérgica, seria, dispuesta a la obediencia y a la disciplina, hasta al sacrificio. Esto, a mi entender, resalta mejor que la tesis fatalista que tanto alarmó a determinados críticos, y que carece, a mi ver, de fundamento y de demostración en los lances de la obra.

Hervieu es un hombre de cara menuda, de facciones más jóvenes que su edad, de pocas palabras, frugal y sobrio en el comer, moderadísimo en el beber, modesto en su talante, reservado en el gesto y ademanes — en suma, una persona que tiene lo que se llama en Francia el tono de la *bonne compagnie*.

Naturalmente, estoy exteriorizando una impresión fugaz, y retratando a un personaje que no se ha detenido sino breves minutos ante el pintor, y que aparece algo receloso y cerrado, como se está en país extraño y ante gente nueva. El Hervieu dramaturgo, que desde hace años triunfa en los escenarios parisienses, me era familiar; y, a distancia, no veía de él sino las ideas, el marcado y constante feminismo y la eterna preocupación del sentido dramático de la vida vulgar en apariencia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.